

Europa murió en Gaza

BENEDETTA SABENE :: 28/07/2025

Los dos conflictos definitorios del siglo, Ucrania y Palestina, marcan la muerte política de la UE: todo lo que le queda es inventar una amenaza rusa para darse una nueva razón de ser

Las dos grandes crisis internacionales que marcarán para siempre esta década, si no este siglo -la guerra en Ucrania y la masacre en curso en Gaza- han expuesto la total debilidad política de la Unión Europea, privada de autonomía en la toma de decisiones y reducida a un apéndice vacío de la política exterior estadounidense.

A pesar del rechazo colectivo a la guerra en Ucrania, que ha pasado de ser un acontecimiento trascendental que convirtió a casi todos los italianos en expertos en geopolítica a un aburrido ruido de fondo que ya no despierta interés, no se puede analizar lo que ocurre en Gaza sin tener en cuenta lo que pasa en Kiev. Hablar de la "incapacidad" de los líderes europeos para gestionar ambas crisis es extremadamente sesgado, dado que el doble rasero entre Ucrania y Palestina no es un simple error metodológico ni un problema moral, sino una estrategia perfectamente coherente con la estructura de las relaciones internacionales y la división del mundo en bloques militares y esferas de influencia.

Con la respuesta rusa a la guerra de la OTAN en Ucrania en febrero de 2022, la Unión Europea demostró un activismo "humanitario" sin precedentes: paquetes de sanciones contra Moscú, miles de millones de euros en ayuda militar y humanitaria a Kiev, acogida incondicional de refugiados, censura de todos los medios rusos con el pretexto de "combatir la propaganda" (mientras tanto, la propaganda de Kiev se relanzaba en Italia: en los primeros meses del conflicto, *desmentí personalmente* docenas y docenas de noticias descaradamente falsas difundidas por nuestra prensa, copiadas y pegadas directamente de *The Kyiv Independent* y otros medios de comunicación ucranianos que se dedicaban a una implacable propaganda de guerra), y una movilización diplomática y mediática sin precedentes a favor del gobierno ucraniano.

El mismo régimen ucraniano que, bajo el anterior presidente Petro Poroshenko, era culpable de numerosos crímenes de guerra, como el bombardeo de la infraestructura civil en Donbass y el despliegue de batallones paramilitares de extrema derecha que, según datos de organizaciones internacionales, cometieron las peores atrocidades contra los disidentes y los civiles. Sin mencionar la catástrofe humanitaria que había desencadenado el conflicto civil con los separatistas en el este, contra quien Kiev había elegido una "mano dura", contribuyendo al desplazamiento de un millón de víctimas internas y miles de víctimas civiles.

En ese momento, la Unión Europea había estado lejos de defender a los civiles ucranianos bombardeados por Poroshenko en el este del país, al igual que ahora no muestra solidaridad con los palestinos masacrados por las decenas de miles, en una franja de tierra de la cual no hay escape. Esto se debe a que el color de los ojos y el cabello no cuenta tanto (los

habitantes del Donbass son rubios con ojos azules) como de qué lado está Kiev. Ha y que tener en cuenta, no obstante, que el racismo, la islamofobia y la rusofobia han sido y son elementos fundamentales en la historia y en la percepción colectiva de los dos conflictos.

En febrero de 2022, Ursula von der Leyen no dudó en condenar los supuestos crímenes del gobierno de Putin contra los civiles ucranianos, sus inexistentes violaciones del derecho internacional y sus ataques a las infraestructuras energéticas: se adoptaron todas las medidas posibles e imaginables para defender a Kiev del "carnicero" Putin, contra el que en aquellos meses se acuñaron los epítetos más imaginativos.

¿Recuerdas? En ese momento, se hablaba de un "despertar europeo", de una nueva era en la que el mundo humano y democrático, finalmente unido y unido, actuaría como una barrera para el autoritarismo y la violencia de los "ogros rusos". Los valores europeos de los DDHH y el derecho internacional, de los cuales los países de la UE se autonombraron orgullosamente como bastiones, se usaron en todas partes y se convirtieron en pilares del discurso oficial, relanzados en redes unificadas.

Bueno, al principio funcionó. Cuando comencé mi trabajo en medios de comunicación, primero en Instagram y luego como periodista y ensayista, tratando de exponer las profundas raíces del conflicto OTAN-Rusia-Ucrania (que, a diferencia de la gran mayoría de comentaristas de último minuto, yo había estado siguiendo desde mucho tiempo antes de 2022), el clima estaba tan polarizado que recibí cientos, si no miles, de insultos, amenazas de asesinato y violación, y todo tipo de ataques, tanto públicos como privados. Algunos me acusaron de ser pagada directamente por Putin, otros de repetir la propaganda rusa, otros de ser cómplice con el invasor y tener sangre ucraniana en mis manos: la locura y la histeria colectiva eran tan aterradoras que muchas veces realmente tenía miedo de hablar. Pero lo más aterrador es que esta ola de odio y enfado en el discurso público desapareció tan rápido como apareció. Por eso es crucial, ahora, conectar las cosas.

La rapidez con la que Europa atacó a la respuesta rusa demostró que la voluntad política está allí, pero solo cuando converge con los intereses estratégicos de los EEUU. Hay poco humanitarismo guiando las acciones de los líderes de Bruselas y de los gobiernos europeos: lo que importa es lo que sirve a la estrategia de los EEUU. Aislar a Rusia, cortar el vínculo de Moscú-Berlín para contener la influencia rusa en Europa, cortar el vínculo energético ruso alemán (y, por lo tanto, ruso-europeo), debilitando a Alemania como la fuerza impulsora de la economía europea y, por lo tanto, debilitando la autonomía política alemana, evitando que Rusia se convierta en una energía euroasiática y, en su lugar, confinarla exclusivamente en el continente asiático: esto, y simplemente esto, es lo que ha guiado los actos de EEUU y la UE.

Esto queda demostrado por el hecho de que, desde octubre de 2023, cuando Gaza fue sometida a una devastadora ofensiva militar que causó decenas, si no cientos, de miles de muertos (en su mayoría mujeres y niños), millones de desplazados, hospitales destruidos, hambruna y la destrucción sistemática de infraestructura civil, la Unión Europea ha sido extremadamente tímida a la hora de condenar al régimen israelí. A pesar de que la masacre fue inmediatamente denunciada por decenas de juristas, relatores de la ONU y la propia Corte Internacional de Justicia como un "posible genocidio", la Unión Europea no ha

adoptado una postura clara. De hecho, todo lo contrario.

Entre las acciones europeas más notables de los últimos dos años se encuentran la negativa a pedir un alto el fuego inmediato en las primeras etapas del conflicto y la reiteración de la letanía sobre el derecho de Israel a defenderse; la suspensión de la financiación a la UNRWA, basada en acusaciones no verificadas, mientras la población de Gaza ya corría el riesgo de una grave crisis alimentaria; el apoyo explícito a Israel por parte de muchos Estados miembros, en particular Alemania; la represión interna de las protestas pro palestinas, a menudo tildadas de «antisemitas» incluso cuando simplemente invocan los DDHH y el derecho internacional.

El conflicto en Ucrania desaparece así de los medios y del discurso público porque el doble rasero es tan evidente que incluso los más desentendidos de la política internacional se dan cuenta de inmediato de que algo no anda bien. Y ese "algo" es que Israel es un aliado estratégico de EEUU (y, por lo tanto, de la Unión Europea, dado que es una organización sin autonomía en política exterior) que los EEUU están dispuestos a todo, incluso a bombardear Irán y sancionar a funcionarios de las Naciones Unidas, para defenderlo.

El caso más reciente es el de Francesca Albanese, abogada y académica italiana, Relatora Especial de la ONU sobre los DDHH en los Territorios Palestinos Ocupados desde 2022. En este cargo, ha publicado informes detallados sobre la ilegalidad de la ocupación israelí, sus políticas de apartheid y las violaciones del derecho humanitario durante la ofensiva sobre Gaza, además de una lista de grande multinacionales que brindan su apoyo al régimen de Netanyahu. Su monumental labor periodística y de denuncia la ha convertido en una de las voces más influyentes en el debate público sobre la situación de los palestinos en la Franja.

Su trabajo es riguroso y se ajusta a los mandatos de las Naciones Unidas. Sin embargo, se ha convertido en blanco de una feroz campaña de deslegitimación personal y política, que culminó con la imposición de sanciones contra ella por parte de Israel y EEUU. Las acusaciones son (¿adivinen qué?) antisemitismo, partidismo y propaganda. Pero, al examinarlo más de cerca, el delito fundamental de Francesca Albanese es esencialmente uno solo: aplicar el derecho internacional a sus aliados.

Como recuerda el periodista Paolo Mossetti, el presidente italiano Sergio Mattarella no tardó en solidarizarse con el exdirector de La Repubblica, Molinari, cuando fue interpelado por estudiantes en un acto. También llamó a Giorgia Meloni cuando un usuario desconocido insultó a su hija Ginevra en X. Pero cuando una ciudadana italiana, durante el legítimo desempeño de su mandato en las Naciones Unidas, es objeto de sanciones y de una campaña de desprestigio en Google financiada por el gobierno israelí simplemente por hacer su trabajo, ninguna institución italiana ha considerado oportuno mostrar su solidaridad con ella.

Pero mientras Europa se muestra absolutamente débil, con una opinión pública cada vez más desilusionada y desconfiada de las políticas de Bruselas desde el genocidio de civiles en Gaza, también intenta recuperar legitimidad política mediante la guerra y la creación de un enemigo común contra el cual unirse: Rusia. Una invasión de Europa por parte de Moscú se describe como altamente probable y casi inminente, tanto que urge aumentar el gasto militar al 5% del PIB, a pesar de que los medios europeos informan simultáneamente de que

el ejército ruso estaría "estancado" en Ucrania desde hace más de tres años, luchando con palas para conquistar unos pocos kilómetros cuadrados de territorio.

La crisis de la Unión Europea no es meramente política, sino existencial. Ante la ausencia de un proyecto político común y la incoherencia que ha demostrado a ojos de la ciudadanía europea, el único pilar para recuperar la legitimidad política parece ser la amenaza externa. En este contexto, el apoyo a Ucrania se ha instrumentalizado no para defender la ley en sí, sino para redefinir el papel de la UE como actor internacional relevante, si bien exclusivamente desde una perspectiva militar.

La guerra en Ucrania ha acelerado una transformación ya en marcha: el resurgimiento de la política de bloques militares como principal forma de organización geopolítica. Por un lado, la expansión y el fortalecimiento de la OTAN; por otro, el surgimiento de alianzas alternativas entre Rusia, China, Irán y otros actores del Sur Global. Esta lógica marca una ruptura definitiva con la ilusión post Guerra Fría de un mundo en el que el derecho internacional reemplazaría gradualmente a la fuerza. En cambio, presenciamos el brutal regreso de un mundo bipolar, cuyos efectos vemos en Ucrania y Palestina.

La Unión Europea, que podría haberse presentado como un tercer polo autónomo, estabilizador y mediador entre las dos potencias, EEUU y Rusia (y en el Mediterráneo con Palestina), ha optado por ponerse acríticamente del lado del bloque atlántico: el resultado es una subordinación diplomática y militar de la que no parece haber salida.

En resumen, Europa ha muerto en Gaza, y ni la lógica militar ni el rearme la salvarán. Y tampoco salvarán a los ucranianos ni a los palestinos.

BRAVE NEW EUROPE. Traducido por Thomas Fazi.

<https://www.lahaine.org/mundo.php/europa-murio-en-gaza>